

cinematographica a quodam paedagogo Bauaro parata ad descendam grammaticam (p. 354). Dolendum tamen est quod professor Stroh (uel potius domus editoria) aperte non annotauerit⁶ quae sint haec opera iuuenibus utilissima eorumque auctorum nomina, tamquam si lectoribus Hispanis notissima essent (quod abest longissime a uero): quorum altera est series illa optima librorum *Lingua Latina per se illustrata* inscripta, auctore Iohanne H. Orbergio (in dies autem clarissima)⁷, altera pellicula est cinematographica c.t. “Armillā” (adhuc obscura apud nos), in qua professor Stroh ipse particeps fuit ut consiliarius.⁸

Ego autem primum ante omnia magnopere commendo magistris professoribusque omnibus euoluere historiā hanc “reginae linguarum” et sapidissimā (cui mica salis non deest, ne sal quidem nigrum)⁹ et sapientissimā (res et historiae et obseruationes cum hodiernae tum antiquae callide arguteque miscentur)¹⁰ Latinitatis amorem redolentem per singulas paginas. Atque eam legitote, inquam, lectrices candidae, lectores beneuolentes, siue Germanice siue Francogallice siue Hispanice (breui, nisi fallor, Anglice) siue etiam compendiose Latine, quae quidem perlecta utinam plurimos alliciat ad eius usum uerum, id est ad Latine loquendum audiendum legendum scribendum, si re uera nobis optatum sit Latinitatem esse *monumentum aere perennius*¹¹.

Sandra I. RAMOS MALDONADO
Universidad de Cádiz

Antonio Ignacio MOLINA MARÍN, *Geographica: ciencia del espacio y tradición narrativa de Homero a Cosmas Indicopleustes*, Murcia, Universidad de Murcia, 2010 (*Antigüedad y cristianismo*. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía, XXVII), 525 pp. ISSN 0214-7165.

Es una buena noticia el hecho de que la revista *Antigüedad y cristianismo* haya consagrado un ejemplar monográfico (el correspondiente al año 2010, aunque publicado,

⁶ Annotatiunculas certe desiderauī haud paucas indicantes locos librorum citatorum. In calce paginae 127, uerbi gratia, mentio facta est de quodam opere humanistae Francogallici Marci Antonii Mureti (a. 1583), ubi lingua Latina primum uocata esse “mortua” uidetur. At ubi librorum Mureti sententia talis contineatur, nihil dicitur. Plures autem annotationes in uersione Francogallica reperiuntur eaeque meliores et fusiores: etenim in editione Francogallica (cf. *Le latin est mort...*, o. cit., n. 23) opus Muretianum citatum est una cum sententia Latina, id est *Orationes, epistulae et poemata*, Leipzig 1698, 1,380.

⁷ Gratiae agendaē sunt maximae Societati c.n. *CulturaClásica.com* per quam series haec librorum apud nos late propagata est.

⁸ Cf. W. PFAFFEL (Hrsg.) (2005), *Armillā. Lateinischer Sprachlehrfilm*, CCBuchner (ISBN 3-7661-9590-5) DVD.

⁹ Cf. p. 144: “Dicho de manera malévolā, el *grammaticus* prolongaba el velatorio junto al féretro del latín”.

¹⁰ Videatis quid de “Nuntiis Latinis” radiophonicis ex Finnia diuulgatis exprimat postquam uersus rimati sint Horatii (p. 118).

¹¹ Speramus fore nos omnes sermonis antiquorum Romanorum amantes, ut liber alias in linguam uertatur Latinam totus. Multa autem opuscula a Valahfrido Stroh Latine composita euoluere atque audire licet in eius pagina interretiali cui inscriptio est <http://stroh.userweb.mwn.de>.

como se reconoce en la portadilla, en 2011) al tratamiento de un tema, la geografía antigua, que no por marginal en el contexto de la literatura grecolatina carece de relevancia, como prueba el interés que se muestra por el mismo en el seno de la comunidad científica; un interés que últimamente crece de forma exponencial sobre todo entre las generaciones más jóvenes de estudiosos, y que lo hace también en nuestro país, donde contamos con un plantel de especialistas cada vez más numeroso y fructífero, capaz de dar cobertura a ambiciosos proyectos internacionales. En efecto, el presente estudio de Antonio Ignacio Molina Marín (en adelante M.M.) constituye un ejemplo más —quizás el más palpable y el más notorio— de ese incremento del interés por la geografía antigua que cada vez más experimentan nuestros jóvenes investigadores. No puedo ni quiero ocultar el entusiasmo de que fui objeto cuando llegó a mis manos una obra como la actual, pionera en varios de sus aspectos, entre los que no es el menos importante el que esté redactada en español, hecho que la convierte, de entrada, en manual de primera lectura, indispensable para quienes entre nosotros se acerquen a los autores y problemas en ella tratados, seguros de un subsidio del que nos hemos visto privados los que hemos transitado previamente por esos arduos caminos con la exclusiva ayuda de estudios ajenos a nuestro propio ámbito y no siempre actualizados.

Sorprende, en primer lugar, el carácter tan multidisciplinar y las pretensiones tan ambiciosas del proyecto que se propone M.M., en virtud del cual concentra en un mismo volumen el tratamiento —más o menos uniforme, más o menos exhaustivo, es cierto— de cuantos autores se han interesado en la materia: desde Homero, considerado por buena parte de los griegos también como el *prótos heuretés* de la ciencia de la tierra, hasta los primeros representantes de la geografía bizantina (Cosmas Indicopleustes), programa que el mismo autor traiciona luego ampliándolo notablemente con el añadido de dos breves capítulos finales en los que diserta sobre los aspectos más señeros de la geografía durante el Medievo y el Renacimiento y la supervivencia en estas etapas extremas de los presupuestos clásicos.

Tras una parte introductoria en la que el autor incluye una breve “Presentación” (pp. 13-14), un ligero “Prefacio” en el que revela sus intenciones (pp. 15-16) y una “Introducción” propiamente dicha (pp. 17-43) en la que trata sobre las relaciones de la geografía con otras disciplinas próximas (literatura, historia, mitología, astronomía, filosofía, etc.) y aborda por primera vez uno de los grandes temas recurrentes de la obra: la tensión entre tradición y verdadero ejercicio científico, sigue la primera de las cinco divisiones cronológicas en las que se vertebra el contenido del libro: la “Época arcaica” (pp. 45-90), que incluye los tres capítulos siguientes, culminados, como el resto de los que integran la obra, por sendos apartados destinados a “conclusiones”: “1. La geografía en la época heroica: la primera tradición” (pp. 47-61), sobre Homero y Hesíodo; “2. Las colonizaciones: la primera expansión” (pp. 63-74); y “3. Jonios a la sombra del Gran Rey: imperialismo y geografía” (pp. 75-90), que trata sobre Anaximandro, Hecateo, Escílax y Ctesias.

La segunda unidad, la “Época clásica” (pp. 91-154), comprende dos amplios capítulos en los que se tratan, respectivamente, los logros geográficos anteriores y contempo-

ráneos de las campañas macedónicas. El primero (“4. La geografía y la etnografía en época clásica: el descubrimiento de la alteridad” [pp. 93-124]) se ocupa del estudio del fenómeno de la alteridad en el teatro, en la historiografía (Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Éforo) y en las escuelas filosóficas (Sócrates, Platón, Aristóteles, Teofrasto, Dicearco). El segundo (“5. Geógrafos y geografía en el imperialismo macedonio: autopsia vs tradición” [pp. 125-154]) pasa revista a los logros de los geógrafos de Alejandro en los diversos campos de la historia natural (vegetación, fauna, orografía, hidrografía, seísmos, etc.) y a sus planteamientos utópicos, todo ello bajo el prisma de la ya referida tensión entre tradición y verdadero descubrimiento. Otros dos capítulos dedica el autor al tratamiento de la tercera de las divisiones cronológicas en que se vertebra el contenido de la obra: la “Época helenística” (pp. 155-222). El primero (“6. Las exploraciones en época helenística: fijando los confines del mundo” [pp. 157-172], consagrado, como su nombre indica, a una exposición del paulatino [Alejandro, los seléucidas y los tolomeos] proceso expansivo macedónico) hace casi exclusivamente de marco histórico a un segundo (“7. Los grandes geógrafos helenísticos: la fijación de la tradición” [pp. 173-222]) en el que el tratamiento de los autores cimeros de nuestra disciplina (Aristarco de Samos, Eratóstenes, Hiparco, Crates de Malo, Agatárquides, Polibio, Artemidoro, Posidonio) ocupan ya todo el espacio.

Sigue luego una amplia sección dedicada a la época romana (“IV. República e Imperio Romano” [pp. 223-342]) que M.M. vertebra en siete capítulos de diferente entidad y amplitud. El primero (“8. La geografía en época romana: ¿desconfiando de los dones de los griegos?” [pp. 225-240]) ofrece una introducción histórica sobre el proceso expansivo romano y su red de vías de comunicación, y a él sigue un interesante capítulo (“9. Imperio y cartografía en la época imperial romana: *orbis Romanus et orbis terrarum*” [pp. 241-256]) centrado en el proceso de recensión ecuménica por parte de Julio César y Augusto (Isidoro de Cárax y Agripa). El tratamiento de los tres grandes geógrafos de la época protagoniza el capítulo siguiente (“10. Estrabón, Pomponio Mela y Plinio: las enciclopedias del saber” [pp. 257-282]). Al cual sigue uno más amplio (“11. Geografía etnográfica e histórica en los historiadores del Imperio romano” [pp. 283-309]) destinado al conocimiento geográfico del Imperio por regiones: Germania (Julio César), Galia (César, Amiano Marcelino), Britania (César, Tácito), Numidia (Salustio), Grecia (Pausanias), Palestina (Flavio Josefo), Egipto (Juba, Amiano Marcelino), Persia (Amiano Marcelino), India (Arriano) y Sérica (Pausanias, Amiano Marcelino), con un apéndice sobre la geografía en la novela. Frente a la heterogeneidad de este capítulo destaca la homogeneidad del siguiente (“12. Claudio Ptolomeo: el canto del cisne de la cartografía antigua” [pp. 311-321]), dedicado todo él a la figura cumbre del período, quizás uno de los más compactos y rigurosos de toda la obra. Continúa seguidamente un nuevo capítulo (“13. Los periplos y relatos de viaje en época imperial romana” [pp. 323-335]), tal vez más escaso de lo que hubiera sido deseado, en el que M.M. da cabida a la interesante literatura periplográfica conservada (Menipo de Pérgamo, *Estadíasmo*, Alejandro de Míndo, *Periplo del mar Eritreo*, Dionisio de Bizancio, Arriano, Marciano de Heraclea, *Periplo del Ponto Euxino*), a la que añade el tratamiento de otras descripciones geográficas asimilables (Filemón, Dionisio el Periegeta, Rutilio Namaciano y Avieno). Y concluye este apartado cronológico

un breve, pero interesante, capítulo (“14. Itinerarios romanos: la *Tabula Peutingeriana*” [pp. 337-342]) que versa sobre testimonios geográficos (el *Itinerario de Antonino*, por ejemplo) de gran relevancia y significación para el período.

Y culmina el contenido del libro una última sección, también amplia, dedicada a las postrimerías del mundo antiguo (“V. Tardoantigüedad” [pp. 343-439]), que M.M. distribuye en seis interesantes capítulos, quizás los más atractivos de toda la obra por ocuparse de aspectos marginales y bastante desconocidos en muchos aspectos para un público solo familiarizado con el mundo grecorromano *sensu stricto*. El primero de ellos (“15. El estado de la ciencia en el siglo IV: pérdida de vigor de la razón” [pp. 345-370]) supone una introducción histórica al período, subrayando las implicaciones del nuevo credo cristiano en la evolución de la concepción geográfica del mundo. Sigue a este un segundo (“16. Cosmografías paganas y cristianas en la antigüedad tardía” [pp. 371-377]) en el que se da cabida a los esquemas geográficos defendidos por Macrobio, Julio Honorio y Ps.-Ético, a la *Expositio totius mundi* y al anónimo de Rávena. A continuación viene un tercero, más extenso (“17. La geografía en la historiografía cristiana: el inicio de la separación entre geografía e historia” [pp. 379-397]), que trata sobre los modelos geográficos que se desprenden de las obras de Solino, Eusebio de Cesarea, Orosio, Jordanes, Isidoro y Beda el Venerable. Sigue un cuarto, muy interesante (“18. Relatos de viajes y peregrinación en la antigüedad tardía: la decadencia de la autopsia” [pp. 399-408]), donde se alude a fenómenos tan típicos del momento como las peregrinaciones a los santos lugares y los viajes espirituales, con mención del *Itinerarium Burdigalensis*, del viaje de Egeria (incluida una interesante discusión sobre la patria del personaje), de las cartas de Jerónimo y de Juan Crisóstomo, para concluir con una breve referencia a los eremitas y estilitas. Muy aprovechable es el siguiente capítulo (“19. La geografía bizantina: Cosmas Indicopleustes” [pp. 409-422]), en el que antes de ocuparse de la figura de Cosmas, el geógrafo más importante del período (al que dedica un espacio considerable y trata con propiedad y en profundidad), hace un pequeño excursus sobre la cartografía bizantina, centrándose en el mosaico de Nicópolis y en el mapa de Madaba. En el último capítulo que cierra el período (“20. Colofón: la geografía después de Cosmas” [pp. 423-439]) toma M.M. el pulso a la ciencia medieval tanto en el Bizancio cristiano (en las escuelas y en los monasterios, con especial atención a los famosos *mappaemundi* medievales), como en el pujante mundo árabe, con insistencia en su deuda clásica. Y culmina con un curioso apartado dedicado a las transformaciones que experimentan los esquemas geográficos antiguos a las puertas del descubrimiento del Nuevo Mundo.

El final del libro está constituido por un último capítulo a modo de resumen (“21. Síntesis epistemológica y reflexiones finales” [pp. 441-456]), que se centra sobre los universales geográficos grecorromanos y, nuevamente, sobre la importancia de la tradición en el diseño geográfico. Y a dicho capítulo final siguen una serie de índices: de ilustraciones (pp. 457-458), de términos griegos y latinos (pp. 459-463), de términos geográficos (pp. 465-475) y de geógrafos (pp. 477-480). Y concluyen la obra una amplia bibliografía (pp. 485-517) y un abstract en español (pp. 521-523) y en inglés (pp. 523-525).

En muchos aspectos, la publicación de este libro supone un gran motivo de satisfacción. Lo supone porque, como ya adelanté al principio, a los especialistas en geografía histórica de la antigüedad nos entusiasma comprobar cómo nuestra disciplina sigue interesando a las nuevas generaciones, y de forma especial en nuestro país, donde parece que últimamente vive un momento de claro apogeo. Lo supone porque la publicación de un nuevo manual de dicha disciplina es siempre una buena noticia para nosotros, con todo lo que de síntesis y de actualización de conocimientos aporta tal tipo de obras. Lo supone porque brinda la posibilidad de valorar de una vez y en todo su conjunto la producción geográfica al completo desde sus inicios (Homero) hasta el advenimiento del Renacimiento, algo hasta ahora —que yo sepa— no practicado. Lo supone porque, además —y ello es otra novedad—, el libro está redactado originariamente en español. Lo supone porque su lectura permite al lector hacerse una idea completa —general, pero completa— de todo el pensamiento geográfico antiguo y de su tradición posterior. Y lo supone, asimismo, por otros muchos aspectos igual de positivos que ya no enumero, pero que una simple ojeada permite descubrir.

Ahora bien, lo dicho no debe privarnos de nuestra condición de críticos, que es lo que se nos pide al fin y al cabo. Y no debe privarnos porque estimo que la crítica, la buena crítica, es lo único que puede engrandecer un proyecto y contribuir a un incremento de la calidad, lo que siempre debe ser nuestro objetivo. Y en virtud de crítico debo reconocer que la obra adolece de ciertas deficiencias e imprecisiones. Creo que es un error de entrada no haber pretendido lo que debería haber sido deseable, es decir, elaborar un manual de *literatura* geográfica (algo que el autor descarta abiertamente [p. 16]) en aras de un tratamiento del fenómeno geográfico en el que se tiende a equiparar las informaciones procedentes de testimonios escritos y las ofrecidas por cualquier otro tipo de fuente, algo no plausible desde el momento en el que las primeras, las literarias, aportan la práctica totalidad de las noticias que hoy conocemos. Y precisamente dicho error primordial propicia determinados desajustes que hubieran podido evitarse. Por ejemplo, choca la insistencia de M.M. en valorar sucesivamente la tensión entre dos conceptos como ‘autopsia’ y ‘tradición’ en el seno de la ciencia antigua (pp. 31-43, 435-439 y 446-456) —algo que él mismo considera una de sus mayores contribuciones (p. 16) —, cuando un enfoque de los hechos desde una óptica esencialmente literaria —porque la ciencia antigua, la geografía en este caso, es también literatura, y él lo sabe bien (pp. 18-21)— concluye con que lo uno y lo otro no constituyen, ni mucho menos, realidades antagónicas, a pesar de que la consideración de sus equivalentes actuales pueda llevarnos, erróneamente, a una deducción tal. Igualmente, resulta incongruente insistir como peculiaridad en la no profesionalidad de los autores contemporáneos de Alejandro (p. 133) y reconocer, a renglón seguido, dicho rasgo como lo habitual entre los literatos griegos. Por la misma causa se pueden explicar también algunas otras faltas de acierto: así, presuponer para Tolomeo un prestigio y un éxito en su propia época (p. 281) que no se corresponde con la realidad —más bien todo lo contrario—, como él mismo admite luego (p. 313); y achacar el resurgimiento de la periplografía imperial a la naturaleza práctica de dicho género (p. 324) antes que a razones estrictamente literarias, algo indu-

dable en ciertos casos, como en el de Dionisio de Bizancio e incluso en el menos sospechoso de Arriano.

Aparte de ello el contenido se revela bastante pobre en muchos aspectos, defecto motivado principalmente por lo ambicioso del proyecto (p. 16), lo que impide concretar y ahondar en cada materia tratada. Por citar algunos ejemplos, el espacio dedicado al *Periplo* de Hanón (pp. 72-73), obra breve, pero de una gran significación filológica, es notoriamente mejorable: el tema se trata muy de pasada, sin entrar en profundidad y con grandes carencias bibliográficas (no se citan ni siquiera las obras más recientes, como mi libro *Periplógrafos griegos I 1*, creo que la puesta al día más útil hoy al uso y que el autor conoce). Igualmente, al recopilar las citas que Estrabón hace de Éforo (p. 106) se echan en falta muchas, algo que se hubiera subsanado simplemente con la consulta del importante estudio sobre esta cuestión de Luisa Prandi (*Aevum* 62 [1988] 50-60). Igual de escasos se nos antojan el apartado dedicado a las fuentes del Nilo y a las causas de sus crecidas (pp. 143-144) y la breve noticia sobre el polémico papiro de Artemidoro (p. 210), tema tratado muy a la ligera y con falta de la abundantísima bibliografía principal. Y sorprende muy negativamente que el autor despache en un raquítico párrafo (p. 335) el importante *Periplo del Ponto Euxino* (anónimo), obra crucial para entender la pervivencia del género y su tradición manuscrita. Y muy deficitario y poco riguroso resulta todo el capítulo consagrado a la periplografía imperial (pp. 323-335): faltan algunas obras (el *Periplo de la ecúmene* de Isidoro de Cárax), su sucesión cronológica admite mejoras, falta un tratamiento más riguroso y profundo, se echa de menos mucha bibliografía básica, no se abordan cuestiones aquí primordiales, como la tradición manuscrita, y se adolece de un desconocimiento de la naturaleza esencialmente literaria de estos escritos, en la mayoría de los casos desligados de cualquier interés por cuestiones prácticas y por ofrecer un contenido fruto del conocimiento autóptico útil al hipotético navegante. Claro que tales deficiencias hacen, a su vez, menos defendibles otros excesos mal justificados además por su escasa aportación al conocimiento del fenómeno geográfico: resulta así excesiva y hasta cierto punto innecesaria (por marcadamente histórica) la introducción sobre el mundo helenístico (pp. 173-177), algo parecido al amplio apartado dedicado a la ciencia de esta misma época (pp. 177-185), casi un excursus ajeno al tema central, lo mismo que el sintético capítulo 21 (pp. 441-456), excesivamente teórico y ajeno casi por completo a los verdaderos problemas geográficos.

Al margen de lo dicho da la impresión de que M.M. no tiene una idea muy precisa sobre ciertas cuestiones. Una de ellas, muy llamativa por ser un tema recurrente a lo largo de toda la obra, es la realidad de la cartografía antigua. Es cierto que la naturaleza, la función y la proliferación del mapa antiguo han suscitado a lo largo de las últimas décadas un gran debate científico, pero también lo es que actualmente se ha llegado a cierto consenso en virtud del cual se tilda esencialmente la ausencia de parangón posible entre los bosquejos gráficos grecorromanos, muy escasos y entendidos como apoyos a la especulación científica antes que como meras herramientas prácticas, y sus descendientes actuales, cuyo origen ha de verse preferentemente en la baja Edad Media, cuando, gracias a la imposición de medios nuevos como la brújula, se inició el cambio de percep-

ción del espacio geográfico, que pasó de hodológico a bidimensional. Pues bien, esa idea, hoy generalmente admitida, no halla eco claro en nuestra obra: al contrario, el autor parece dar muestras de enfocar la cuestión con anacrónicos ojos modernos (pp. 207, 211 y 253), dando por hecho que la existencia de mapas antiguos, incluso en las propias obras literarias, es lo natural (más entre los griegos que entre los romanos [p. 227]) y considerando la general escasez de ejemplares típica solo de determinadas épocas, como la antigüedad tardía (p. 409).

Y a ello habría que sumar otra serie de afirmaciones excesivas, de carencias varias o de simples errores. Creo, así, que es algo riguroso afirmar que con excepción de Cosmas la geografía tardoantigua ha sido generalmente obviada de cualquier investigación (p. 16). En p. 149 se habla por vez primera de Damastes (se cita su fragmento 1) sin más explicación sobre un autor no demasiado conocido. A veces una afirmación casi trivial (que en época helenística la lectura se convierte en un elemento de prestigio [p. 184]) se acaba apoyando en la cita de una tesis doctoral (I. Pajón Leyra), como si se tratara de un nuevo descubrimiento. Se detectan ciertos anacronismos: se hace de Aristónico de Alejandría (contemporáneo de Estrabón) una de las fuentes usadas por Eratóstenes (p. 191) y se ubica al patriarca Focio en el siglo X (p. 423) en lugar del IX, como luego reconoce el propio autor (p. 425). En p. 194 se hace una definición de “esfráguide” no demasiado acertada. No se precisan del todo bien las críticas de Hiparco a las teorías de Eratóstenes (p. 199). En p. 209 se alude a unos tratados firmados desde 509 a.C. “entre los púnicos y los cartagineses” (*sic*). No tiene en cuenta que *Periplo* y *Sobre el océano* de Posidonio deben entenderse como dos denominaciones de una misma obra (p. 212). Explica la valoración favorable que Mela hace del pueblo fenicio por la vinculación de su tierra natal con dicha etnia (p. 274), pero pasa por alto la posibilidad de que el mismo Mela pudiera ser púnico, como apunta Roger Batty (*JRS* 90 [2000] 70-94), estudio que M.M. sí conoce. Cuando se habla de la Sérica (pp. 303-305) se echa de menos la mención de algunos autores, como el caso del fragmentario Alejandro, probablemente de Mindo (*FGrHist* 25, *BNJ* 2201). Es falso que, como se dice en p. 333, del periplógrafo Cleón de Sicilia se conozca solo el nombre (hay 2 fragmentos: cf. *FHG* IV, p. 365) y que sea del siglo V (es contemporáneo de Alejandro). Es falso que durante la época imperial se asista a un agotamiento del género periplográfico (p. 334), como él reconoce al dedicar un capítulo entero a estas obras (pp. 323-335) y exponer al mismo tiempo, literalmente, que lo que sucede es, al contrario, un resurgimiento (p. 324). No es muy clara ni exacta la clasificación de los *mappaemundi* medievales que ofrece en p. 427, como se deduce de la simple consulta de la bibliografía que cita como apoyo. Y choca que entre los califas que propiciaron la llegada de materiales griegos a Bagdad cite solo a al-Mansur y a Harun al-Rasid (p. 431) y omita a al-Ma'mun, el verdadero paladín del helenismo en la corte abasí. Y deficitario llega a ser no solo el contenido, sino a veces incluso el propio método elegido. Me refiero especialmente a que las conclusiones que cierran todos y cada uno de los capítulos suelen hacer más bien las veces de verdaderos resúmenes y, por tanto, suenan a reiterativas y dan la impresión de estar de más (véase, por ejemplo, pp. 89-90 y 237-240), dándose en más de una ocasión la circunstancia de que lo que en ellas se expone se aproxima a la

mera divagación de índole histórico-cultural, sin que se añada nada en términos geográficos (pp. 366-370, entre otras).

Además, hay que reconocer que este no es —ni pretende serlo— el libro que espera el filólogo. En líneas generales se echa en falta un tratamiento sistemático de los autores en tal sentido, es decir, con noticias solventes referidas a sus encuadramientos cronológicos y a la descripción pormenorizada de sus obras, así como una información precisa sobre sus ediciones y traducciones al uso (como sí se hace en el caso de Agatárquides [p. 202]). Pero al margen de ello, lesiona la sensibilidad del lector exigente el hecho de que el autor domine mal los rudimentos filológicos más indispensables. Un ejemplo muy claro de lo que digo es la imprecisión en las citas: en p. 239 se cita de forma deficiente un pasaje traducido de Elio Aristides; se habla, sin más explicación, de “*Sobre los hechos concernientes a Teles*, ed. de Hense, pág. 40, 1-6” (p. 176); se alude (p. 175) a “Syll III 398” (sic) sin mayor precisión, a “Éumenes de *Augsutodonum* (Autun)” (p. 254) o a “*Suda*. Estrabón” (p. 258). Y ello se complica cuando se manejan autores fragmentarios: hay veces (p. 88) en las que se cita el pasaje del transmisor (Aristóteles) y se omite la equivalencia del fragmento del autor que se comenta (Escílax); otras veces no se hace referencia a los *Fragmente* de Jacoby (caso de Éforo [pp. 106-108]); y hay casos muy extremos, como cuando se cita un fragmento concreto sirviéndose de una referencia que no es estándar, sino que responde a una convención vigente solo en la obra de la que se toma: tal ocurre al hacer alusión al 2º fragmento del *Periplo* de Escílax (obra cuya naturaleza no acaba de entender bien [p. 86]), que se cita —sorprendentemente— como “*Escolio* a 2 [PsEsc.], 1”, sin caer en que dicha referencia carece de todo sentido fuera de mi edición. Se añaden a ello otras deficiencias asimilables: en p. 239 se traduce de forma pésima (“tomada Grecia fue el vencedor vencido”) el famoso verso horaciano (*Epist.* 2,1,156) *Graecia capta ferum victorem cepit*; sin justificación alguna se cita a autores bajo su forma original latina: “Ambrosius Theodosius Macrobius” (p. 371); se habla de “Éforo de Cumas” (p. 418) y no “de Cime”, como habitualmente se hace; y se malentiende una vez más el latín cuando se emplea la desafortunada expresión “las palabras... de Séneca sobre un *novos orbis*” (p. 438). Este tipo de errores de orden filológico hacen daño, porque siembran en el lector serias dudas sobre la solvencia del autor en el manejo de las fuentes y sobre algo estrechamente ligado a ello y quizás más peliagudo: su incapacidad de superar informaciones de segunda mano, algo que merma seriamente su creatividad y su originalidad a la hora de exponer conclusiones vendidas como propias.

Desgraciadamente, ligados a este tipo de defectos aparecen otros que rubrican las apuntadas carencias. A las imperfecciones en el manejo de las fuentes se suman otras semejantes de índole bibliográfica, y suelen ser de tal calibre que a veces ponen incluso bajo sospecha la consulta directa del material citado. Es ya un mal método repetir al completo una referencia bibliográfica cada vez que se cita (aunque en contadísimas ocasiones se recurre al sufrido “op. cit.” [p. 89]), así como en la lista final (donde no se recogen algunas obras: Prontera-Janni 1992 [p. 121]), y ello en lugar de emplear las más aconsejables abreviaturas (a la americana, por ejemplo, algo que se practica muy escasamente y entonces se hace de forma defectuosa: “Dilke, Chicago 1987 [sic]” [p. 412]).

Pero además las imperfecciones y las incongruencias son numerosísimas. De entrada se echan en falta muchas obras fundamentales, que el autor parece no conocer o, lo que es más grave, que si bien recoge en la lista y cita en otras ocasiones, silencia en los pasajes más esperables. Así, por jemplo, no se cita en p. 15 el viejo manual de Güngerich (1903), como tampoco otros muchos de los manuales clásicos, igual que faltan otras obras fundamentales: abundantes citas al tratar la colonización griega del occidente europeo (p. 67), el imprescindible libro de Aurelio Peretti (1979) sobre Escílax (p. 86), muchas de las obras que tratan el problema de la localización de la debatida isla de Cerne (p. 108) o las discutidas fuentes del Nilo (p. 131), mucha bibliografía en el capítulo dedicado a Marciano de Heraclea (pp. 330-331), alguna bibliografía importante al tratar sobre Avieno (mi *Avieno y el Periplo*, entre otras) (p. 333), los famosos *Recherches* de Jehan Desanges (1978), que sí conoce, al tratar del viaje de Cosmas a Etiopía (p. 419) o el libro de Juan Gil (*La India y el Catay* [1995]) cuando habla de los tópicos paradoxográficos hindúes en relación con la *Topografía cristiana* (p. 420), a lo que se suma la ausencia de algún estudio muy conocido, como “Il mondo delle qualità” (1973-1975) de Pietro Janni, ideal como ilustración de las excelencias hispanas a las que se refiere Isidoro (p. 393). A veces ocurre lo contrario: se cita gran cantidad de bibliografía de manera acrítica (p. 126). A ello se añade que no se suelen especificar los editores de las obras colectivas (por ejemplo, p. 203) ni advertir cuándo una obra es segunda traducción de previas versiones originales (Prontera, p. 15; Jacob, pp. 81 y 204, entre otras). Y aparte, se prodigan citas irregulares o simplemente defectuosas: los GGM II se datan “1855-56” (p. 85); el libro editado por Pérez Jiménez y Cruz Andreotti (Málaga, 1988 [p. 431]) aparece reiteradamente (pp. 107, 420, 424 y 443) como “2000”; se cita (*sic*) “Milán, CISA 1987” (p. 108); “Sánchez Ruipérez”, sin la inicial del nombre (“M.”) (p. 174); “Doxografía griega” cuando se quiere hacer alusión a *Doxographia graeca* (p. 188); “Brill 1994” (p. 404), “Kessinger Publishing 2003” (p. 419), “Universidad 2002” (p. 437), los tres sin el lugar de edición; “Candau, M.” (pp. 408 y 491), pero “Candau, J. M.” (p. 491); se nombra alguna revista en mayúscula y sin cursiva (PHILOGIA HISPALENSIS [p. 490, 2 veces]); se citan obras antiguas o renacentistas solo con indicación de su edición actual, como si fuesen producciones modernas (p. 436); se mencionan solo el autor y el título, sin el lugar ni la fecha de edición (Metoquites [p. 425]); y se peca de exceso en alguna que otra opinión: creo que es muy rigurosa la afirmación de que no existen trabajos globales donde se reflejen las últimas aportaciones en la materia (p. 15): para muestra el manualito de Stefano Magnani, *Geografia storica del mondo antico*, Bolonia 2003 (ya fuera del alcance del autor se han sucedido recientemente otros manuales de geografía a tener en cuenta: entre ellos los de Daniela Dueck, *Geography in Classical Antiquity*, Cambridge 2012, y el de Jean Marie Kowalski, *Navigazione et géographie dans l'Antiquité gréco-romaine: la terre vue de la mer. Antiquité-Synthèse*, París 2012).

Y la cosa no acaba aquí, sino que las deficiencias antes apuntadas se ven corroboradas por otras de diversa índole, de mayor o menor importancia, pero que no contribuyen en absoluto a dar lustre a la obra. Algunas afectan a los textos incorporados: o son muy numerosos, quizás más de lo necesario y de lo deseado (son innecesarios [p. 391] o demasiado amplios para lo que se quiere ilustrar con ellos [pp. 198, 208, 247-248 y 419]) o

no se especifica su autor (p. 433) o casi nunca se especifica el traductor (y cuando se hace, se hace deficitariamente ["Wird, 13-14", p. 408]) o a veces incluso no se traducen (p. 225) o se juega indiscriminadamente con su presentación en sangrado o insertados en el párrafo. Otras deficiencias afectan a las ilustraciones: son por lo general pésimas (en más de una ocasión se reproducen enormemente distorsionadas sin justificación alguna [pp. 64-65, 66 y 101]), no se suele indicar el origen (muchas se toman sin más de internet) y cuando se indica se hace de forma deficitaria (pp. 76 y 78), hay algún que otro error en sus referencias (se habla del mapa de Madaba como fig. 51, cuando es la fig. 52 [p. 411]) y, por último, resulta más grave que el autor no especifique que la primera sección de la *Tabula Peutingeriana*, dedicada a Hispania y al occidente de las islas Británicas (que M.M. reproduce en la portada [imagen tomada de internet] y en p. 69), no es original, sino una reconstrucción de su editor, Konrad Miller, en 1898. Y a ello podríamos sumar otro tipo de desaciertos. Por citar solo dos casos llamativos: no se justifica que en una obra tan general, de contenido tan amplio, se dedique en ocasiones un espacio desmedido a ciertas cuestiones no excesivamente relevantes, como la pormenorizada descripción del contenido de la obra de Estrabón (pp. 256-259), así como tampoco que, faltando al mínimo principio de orden, se mezclen impunemente nombres en su versión original griega junto a transcripciones en el índice de términos griegos y latinos (pp. 459-463).

Y empobrecen además el aspecto final del libro otros defectos todavía más imperdonables por ser fácilmente evitables con algo más de esmero y una nueva revisión final. Me refiero a la prodigalidad con que encontramos expresiones poco afortunadas, como las siguientes: "la información que se obtiene tiene que plasmarse..." (pp. 9 y 79), "una mayor cercanía con..." (p. 206), "lo consideró el geógrafo", sc. "por antonomasia" (p. 206), "nuevas innovaciones" (p. 219), "la geografía romana, a diferencia de en Grecia" (p. 230, 2 veces), "no en modo alguno" (p. 366, 2 veces), "el cristianismo presenta una barrera Dios Omnipotente y Uno" (p. 397), "pero... pero..." (p. 420), "capaces a renunciar" (p. 434). En no pocas ocasiones chirría la puntuación (final del párrafo primero de la p. 426). Y hay veces en las que flaquea la redacción empleada, como en la explicación de los argumentos de Policlito para demostrar la condición interior del mar Caspio (p. 142).

Más lesivas a la vista son las erratas o faltas de ortografía, que tanto debilitan la calidad de una obra. Son mucho más numerosas de lo deseado. Algunas son las siguientes: "29 o 30" [29 ó 30] (p. 77), "Ctesias F 45kg" [?] (p. 89), "Amintas cuya..." [sin coma] (p. 129), "the sources the Nile" [of the Nile] (p. 131), "Lampsaco" [Lámpsaco] (p. 191, 2 veces), "está imagen" [esta] (p. 200), "leemos como Mario" [cómo] (p. 226), "saber a donde tienen que ir" [a dónde] (p. 245), "cuenta como Agripa" [cómo] (p. 249), "los chinos si tuvieron una visión" [sí] (p. 303), "considerar distorsionaba" [que distorsionaba] (p. 319), "a ayudado mucho" [ha] (p. 320), "Gasco" (pp. 350 y 498), pero el correcto "Gascó" en p. 408, "muestra como..." [cómo] (p. 371), "por el computo..." [cómputo] (p. 376), "Sol" y "Tierra", en mayúscula, como habitualmente hace (p. 392) junto a sus versiones en minúscula en esa misma página, "puede leerse como..." [cómo] (p. 392), "no obstante, si es cierto que..." [sí] (p. 392), "si han llegado" [sí] (p. 405), "sequito" [séquito] (p. 405), "puede leerse como..." [cómo] (p. 409), "explicaría porque tendría" [por qué] (p. 413); "para explicar

porque...” [por qué] (p. 417), “se puede observar si utiliza...” [que si utiliza...] (p. 416), “Eliás” [Eliás] (p. 424), “reacia ha deshacerse” [a] (p. 438).

Y para qué hablar de los problemas que el autor demuestra tener con las formas griegas: suele transcribir mal los nombres propios (“Tzetzès” [Tzetzes], p. 88; “Indicopleustés” [Indicopleustes], p. 106; “Diónisos” [Dioniso], pp. 152, 153 y 192; “Anaplos” [Anaplo], p. 327), translitera en lugar de ofrecer el esperable término en griego (“*sphragídes*”, p. 193, pero luego “*sphrágides*”, p. 194), cuando lo hace mezcla indiscriminadamente formas con y sin acentos (“*homoiói*”; “*phýsis*”; “*nómos*”, p. 122), las expresiones griegas suelen ser erróneas (“*γεωγραφία*; *ta nyn ònta*”, p. 206; “*καθ’ήμάς*”, p. 211; “*Ελληνι*”, p. 239; “*μὲν... ἔξωθεν*”, p. 413; “*ἀποτελεσματικά*”, p. 459; “*εὐδαίμων Ἀραβία*”, p. 460; “*Μάηματικῆ*”, p. 461), y en ocasiones vicia incluso la traducción: no es cierto que “literalmente el término *περίπλους* significa circunnavegar”, como el autor afirma en p. 323.

Los defectos apuntados pueden parecer excesivos, y quizás lo sean en más de un caso. Es cierto que un mayor grado de escrupulosidad y decoro habría evitado la mayoría de ellos, lo que a su vez habría impedido que una obra buena, como la que acabo de reseñar, se vea tan empañada por deficiencias marginales, ajenas —sin duda— a la voluntad del autor, que sin embargo en modo alguno restan mérito e importancia a este manual de geografía antigua, que inaugura un camino nuevo —y creo que un camino de éxito— entre nuestros jóvenes investigadores. Bienvenido sea.

Francisco J. GONZÁLEZ PONCE
Universidad de Sevilla

Len KRISAK, *Virgil's Eclogues translated by Len Krisak with an Introduction by Gregson Davis*, Philadelphia (Penn), University of Pennsylvania Press, 2010, xx and 91 pp. ISBN 978-0-8122-4225-6.

Krisak's book is the first printed English translation of Vergil's *Eclogues* which is published in the twenty-first century and yet another contribution to Vergilian studies. The monograph is divided into four sections: Introduction by G. Davis (pp. vii-xviii), Translator's preface (pp. xix-xx), Translation of the *Eclogues* (pp. 1-79) and Notes (pp. 81-91).

The introduction begins outlining, although very briefly, the historical, the socio-political and most extensively the literary context where Vergil's *Eclogues* are placed. Davis lays special emphasis on Vergil's philosophical education (i.e. “*Bildung*”) which is latent throughout the Vergilian literary “*oeuvre*” and most emphatically in the *Eclogues*, a suggestion which Davis puts extensively forward in his recently published monograph¹. Then, he observes that the general view concerning Vergil's *Eclogues* considers that the collection is a lightweight verse where the philosophical content is entirely

¹ G. DAVIS, *Parthenope. The Interplay of Ideas in Vergilian Bucolic*, Leiden-Boston 2012, Brill (*Mnemosyne Supplements. Monographs on Greek and Latin Language and Literature*, vol. 346).